

dose,—pero necesito saber si es urgente la entrega de esta carta.

—Si, por cierto; me interesa muchísimo que llegue cuanto antes á manos de mi padre.

—Siendo así, difícilmente podré serviros, porque no tengo otro remedio que viajar á pié, á no ser que encuentre un caruaje de poco precio, y esto prolongará el viaje algunos días.

Después de titubear un instante, dijo Fabíola:

—Si no fuera demasiada libertad, me ofrecería á pagaros un viaje más rápido.

—¿Libertad decís? Ninguna, señora, si así puedo servir mejor á vuestra noble casa.

Fabíola le alargó entonces un bolsillo de dinero, suficiente no solo para los gastos del viaje, sino para recompensarle largamente su servicio. Torcuato recibió la suma con inequívocas muestras de contento, y se alejó por una de las alamedas laterales. Había en sus maneras algo que había impresionado desagradablemente el ánimo de Fabíola, y preguntábase á sí misma si podía ser nunca el tal Torcuato un digno compañero del respetable Cromacio. Y si éste, por su parte, hubiera presenciado el hecho, de seguro habría recordado á Judas viendo la avidez con que el joven alargó la mano para coger aquel bolsillo.

No obstante, alegróse Fabíola de haberse librado, una vez para siempre, con aquella suma de cualquier deuda de gratitud que hubiese podido contraer con su mensajero; y sacando el apunte que había guardado en su seno, al ir á rasgarlo como innecesario, advirtió que la hoja tenía escritas en el dorso algunas líneas que probablemente habrían sido copiadas del libro que Torcuato tenía á la vista en la biblioteca de Cromacio. La hoja, apenas comenzada, contenía las siguientes frases, que Fabíola leyó por mera curiosidad y que pertenecían á un libro que ella desconocía por completo:

«Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian:

«Para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores (1).»

Imaginémonos la perplejidad de un indio selvático que ha recogido del lecho de un torrente una blanca y transparente guija, resquebrajada é informe en su exterior, pero que al ver los destellos que despide por sus grietas se halla confuso y no sabe si tiene en sus manos un rico diamante ó una piedra sin valor; una alhaja digna de ser engastada en la corona de un rey, ó un

(1) Matth. v, 44, 45.

objeto merecedor solamente de ser hollado por los piés de un mendigo. ¿Saldrá de su incertidumbre arrojando lejos de sí la guija, ó irá á mostrarla á un joyero para que aprecie su valor y acaso se le ría en su propia cara? Tales eran los sentimientos encontrados que se disputaban el ánimo de Fabíola mientras se dirigía á su quinta.

—¿De quién—preguntábase—podrían ser estas sentencias? De seguro no pertenecen á un filósofo griego ó romano; y, ó son muy verdaderas, ó del todo falsas; ó la moral más sublime, ó la más baja degradación... ¿Habrá quien practique semejante doctrina, ó será sólo una deslumbrante paradoja? Mas ¿á qué engolfarme en tales conjeturas pudiendo preguntar á Syra, ya que tanta semejanza tienen estas máximas á sus bellas cuanto irrealizables teorías?... Pero nó; vale más que nada le diga. Syra me confunde y subyuga con sus admirables pensamientos, tan imposibles para mí como fáciles para ella: por otra parte, mi espíritu necesita reposo, y así... ¡llévese el viento ese papiro y vaya á confundir, como á mí, á quien lo recoja del camino!

Y esto diciendo arrojó la hoja al aire. Pero apenas acababa de soltarla, cuando gritó á su auriga:

—¡Alto! Formio, vé á recoger ese pergamino que se me ha caído.

Obedeció Formio, sin desconocer que el pliego había sido arrojado adrede por Fabíola, y ésta lo guardó de nuevo en su seno para que le sirviese de escudo, pues su corazón empezó desde entonces á sosegar, y cuando llegó á su casa sentíase ya completamente tranquila.

XVIII

La tentación

A los primeros destellos del día siguiente veíase parado á la puerta de la quinta de Cromacio un guia con una mula de la cual colgaban dos ligeras alforjas que contenían todo el hatillo de Torcuato. Muchos amigos habían acudido á despedirlo y recibir de él antes de su partida el ósculo de paz, que plegue á Dios no se parezca al del huerto de Getsemaní. Algunos le ha-

blaban al oído con tiernas y amorosas palabras, exhortándole á permanecer fiel á la gracia recibida; y él se lo prometía solemnemente y acaso con sinceridad. Otros, conociendo su pobreza, le ponían recatadamente en la mano algún regalito, amonestándole á evitar sus antiguas amistades y guaridas. Policarpo, el director espiritual de la comunidad, le llamó aparte, y entre súplicas y lágrimas le conjuró á enmendarse de ciertos defectos, peligrosos aunque leves; que procurase reprimir su natural ligero y voluble, y cultivase las virtudes cristianas. Torcuato, enternecido, prometiéndole obediencia, arrodillóse y besó la mano del sacerdote, recibió su bendición, y tras ella cartas de recomendación para el viaje y una corta cantidad que pudiera convenirle para los gastos.

Listo ya todo y cambiados los últimos saludos y cariñosas demostraciones, montó al fin Torcuato en la mula, y llevada del diestro por el guía tomó el sendero que conducía á la puerta de salida. Todos habían vuelto á entrar en la casa, cuando aún permanecía Cromacio inmóvil en el umbral, viéndole alejarse con aquella tierna inquietud que experimentaría el padre del hijo pródigo al abandonar éste el hogar paterno.

Torcuato debía ir en su cabalgadura hasta Fundi, que era el punto más cercano á la quinta de Cromacio de los situados en la carretera; y en dicha ciudad tendría que arreglárselas de otro modo para continuar su viaje, bastándole para toda necesidad la repleta bolsa de Fabiola.

El camino le ofrecía variadas y bellas perspectivas: ora se deslizaba á lo largo de las orillas del Liri, embellecidas por innumerables quintas y cabañas; ora se perdía en las gargantas de los Apeninos, que le abrían estrechos valles por entre rocas alfombradas de mirto, aloes y vides silvestres, entre los cuales se distinguían las cabras, semejando por su blancura montones de nieve; mientras que á un lado se despeñaba, con aires de torrente, un bullicioso arroyuelo que, al saltar dos piedras á un tiempo, arrojaba alborozado su rizada espuma, é iba á sepultarse en un abismo oculto bajo una ancha hoja de acanto. Después el camino subía, permitiendo que la vista volviese á espaciarse y á gozar del hermoso aspecto que ofrecían los pensiles de la Campania y la azulada bahía de Gaeta, sembrada de las blancas velas de los pescadores, que parecían bandadas de gaviotas flotando sobre un lago.

Torcuato nada de esto veía. En alas de su fantasía, figurábase tener ya delante los sombreados pórticos y las rumorosas calles de Roma. Los polvorientos jardines y las fuentes artificiales, los baños de mármol y las artesonadas bóvedas ofrecían á sus ojos más atractivo que los frescos pámpanos de la vid, el cristalino arroyo, el purpurino mar y el azulado firmamento.

Por supuesto que para nada recordaba Torcuato las depravaciones á que se abandonaba la multitud, sus impías prácticas, sus liviandades, sus calumnias, sus perfidias, sus profanaciones, sus ignominias... ¡Oh no! ¿Qué podía él, cristiano como era, tener de común con todo eso? No obstante, á veces en su embelesamiento se le figuraba ver en un oscuro rincón de las Termas una mesa rodeada de jugadores que con mirada codiciosa hacían rodar los dados, y entonces despertábase en él una pasión reprimida hacía mucho tiempo; mas luego se le representaba la figura del sacerdote Policarpo fijando en él su mirada como un tierno reproche, y entonces se le desvanecían tales pensamientos. Otras veces imaginaba hallarse en crapuloso festín, con la dorada copa llena de exquisito Falerno que brillaba como un rubí, turbia la mente con los vapores de la embriaguez; cuando de repente se le aparecía la severa figura de Cromacio reprendiéndole con adusto ceño por su participación en la desenfrenada orgía.

Nó; él no gozaría sino de los placeres inocentes de la ciudad imperial; pensaba sólo en sus paseos, sus músicas, sus pinturas, su belleza y su magnificencia. Olvidaba que todo esto no era otra cosa que incentivos de las pasiones y de los malos deseos, estímulos á la ambición y la codicia, que se apoderan de la voluntad y enervan las almas de una multitud irreflexiva de seres humanos. ¡Pobre joven, que creía poder atravesar por medio del fuego sin abrasarse! ¡Incauta mariposa, que imaginaba poder volar á través de la llama sin quemarse las alas!

Absorto en tales pensamientos caminaba Torcuato por un angosto desfiladero, cuando de repente, ensanchándose el camino, vió delante una ensenada en cuyas aguas flotaba un solitario é inmóvil esquife. Aquella vista recordóle una historia que había oído narrar cuando niño, verídica ó falsa, poco importaba, pero que ahora se le representaba como si en realidad estuviese pasando á su vista.

Erase un joven y arrojado pescador de la Italia meridional. Cierta noche, oscura y tormentosa, viendo que ni su padre ni sus hermanos se atrevían á aventurarse al mar en su bien carenada y resistente barca, decidióse á partir él solo en su ligero esquife, sin que bastasen súplicas ni reflexiones á disuadirle. El temerario joven resistió impávido la borrasca bogando en su frágil barquilla, hasta que vino el día y apareció el sol bañando con sus fulgores el ya tranquilo mar. Rendido por el cansancio y el calor, quedóse dormido; mas no tardaron en despertarle fuertes voces que á lo lejos resonaban. Sobresaltado, tiende la vista á su alrededor y descubre la barca de su padre, desde la cual éste y sus hermanos le gritaban, haciéndole señas de que retrocediese, pero sin hacer esfuerzo alguno para aproximársele.

Sin saber explicarse qué significaba aquella alarma, empuña los remos y comienza á bogar con todas sus fuerzas en dirección de los suyos; mas luego advierte con gran estupor que la barca de su padre, hácia la cual dirigia la proa del esquife, le presentaba siempre la popa por más viradas que hiciese para cambiar el rumbo. Indudablemente estaba describiendo círculos, pero en forma de espiral que cada vez le iba encerrando en más estrecho circuito. Asáltóle una sospecha terrible, quitóse de un golpe la túnica, y púsose á remar con verdadero frenesí; pero mientras más remaba, mayor era la fuerza que le impelia al centro del fatal círculo, donde arremolinadas veía hundirse como por un embudo las hirvientes y espumosas olas. Presa de la desesperación, soltó el infeliz los remos, púsose en pié y agitó en el aire sus brazos, mientras un ave marítima, revoloteando sobre su cabeza, dejábale oír entre sus graznidos el nombre de *¡Caribdis!* (1). En tanto el esquife tocaba el último círculo voraginoso, y el desdichado joven, tendiéndose boca abajo, cerró los ojos, tapóse los oídos con las manos, retuvo la respiración, y por último sintió las arremolinadas olas cerrarse encima de él arrastrándolo al abismo.

—Tendría curiosidad de saber—murmuró entre dientes Torcuato—si en efecto habrá perecido alguien por modo tan infausto, ó si es tan solo una simple alegoría. Y en este último caso, ¿qué puede ella significar?... ¿Puede un hombre verse impelido gradualmente de tal suerte á la ruina de su alma? Los pensamientos que ahora me asaltan ¿recorrerán acaso otro círculo que me arrastre y...

—¡Fundí!—gritó el guía señalando á una ciudad que tenían en frente.

Al poco rato pisaban sus calles en dirección de una posada de pobre aspecto, en donde Torcuato despidió á su guía dándole una gratificación que no debió dejarle satisfecho, pues se fué refunfuñando y diciendo pestes del viajero y su tacañería. Preguntó éste por la morada de Casiano, el maestro de escuela, á quien encontró é hizo entrega de una carta que para él traía, y en virtud de la cual fué recibido con la misma cordialidad que si fuese de la familia, é invitado á una frugal comida, durante la cual refirióle Casiano su propia historia, que en resumen era la siguiente:

Natural de Fundi, había establecido en Roma una escuela, segun recordará el lector; y aunque próspera y floreciente, viendo próxima una persecución, y conocido ya él como cristiano, traspasó á otro su escuela y retiróse á su ciudad natal, en donde

(1) Escollo situado, segun los antiguos historiadores, entre Italia y Sicilia.

le prometieron que después de las vacaciones le confiarían sus hijos las familias principales.

Acostumbrado á ver en todo cristiano á un hermano suyo querido, continuó explicando á Torcuato sin reserva alguna sus pasadas vicisitudes y sus futuros proyectos y esperanzas. Y Torcuato le escuchaba con atención por haberle ocurrido la pérdida idea de que las confianzas que le hacia Casiano pudieran tal vez en su día valerle dinero.

Era aún temprano cuando Torcuato se despidió de su huésped, y con el pretexto de que debía hacer varias diligencias en la ciudad, no permitió que le acompañase. Compróse para ocasión oportuna un traje nuevo y elegante, dirigióse á la mejor posada y pidió dos caballos y un postillon que le acompañase, pues para cumplir el encargo de Fabiola era necesario apresurar el viaje, cambiar los caballos en cada parada, y caminar día y noche. Así lo hizo hasta Bovilla, al pié de los collados Albanos, en donde se detuvo á descansar; y cambiando el vestido de viaje con el nuevo, continuó alegremente su camino por entre la doble fila de sepulcros que le guió hasta las puertas de aquella ciudad que albergaba en su seno más bienes y males que toda una provincia del Imperio.

XIX

La caída

Torcuato fué en derecha al palacio de Fabio, le entregó la carta, satisfizo todas sus preguntas, y sin hacerse rogar mucho aceptó la invitación de que fuera más tarde á cenar en su compañía. Acto continuo fué en busca de un buen alojamiento, como se lo permitía entonces el estado de su bolsillo.

Ya hemos dicho que Fabio no solía acompañar á su hija al campo, y solamente le hacía alguna que otra visita. Ni los verdes prados ni los murmurantes arroyuelos tenían para él encanto alguno: sus gustos estaban concentrados en las frivolidades y licenciosas costumbres de Roma. Estando á su lado Fabiola, la

presencia de la joven era un freno que le contenía; pero no bien se trasladaba ésta al campo, representábanse en la casa tales escenas y reuníanse en ella tales personas, que por ningún estilo hubiera consentido que su hija las viese. Sentábanse á su mesa hombres de vida relajada, que después de satisfacer su gula en suntuosos banquetes empleaban el resto de la noche en continuas libaciones, en el juego y en pláticas licenciosas.

Habiendo invitado á Torcuato á cenar, salió en busca de otros comensales que le acompañasen, costándole poco encontrar una caterva de parásitos que acudían siempre á los sitios que él solía frecuentar. Regresaba á su casa desde los baños de Tito, cuando en un bosquecillo cercano á un templo percibió dos hombres en conversación muy animada. Después de contemplarles un momento adelantóse hácia ellos; mas antes de llegar á donde estaban se detuvo á cierta distancia aguardando á que terminasen su diálogo.

—¿Serán, pues, ciertas tales noticias?—insistía uno de los dos interlocutores.

—Ciertísimas: el pueblo se ha sublevado en Nicomedia, entregando al fuego la iglesia de los cristianos, situada no lejos y en frente del palacio. Así se lo ha contado esta mañana á mi padre el secretario mismo del Emperador.

—¡Habrá estupidez como la de esos cristianos! ¿A quién sino á ellos puede ocurrírsele erigir un templo en el punto principal y más visible de la metrópoli, sin calcular que tarde ó temprano levantaríase contra ellos el espíritu religioso de la nación y destruiría esa plaga social, como sucederá siempre con toda manifestación pública de una religión que no sea la del Imperio?

—Ciertamente, y bien dice mi padre que si los cristianos tuviesen una chispa de buen sentido celarían sus cabezas y harían que no se les viese, ya que usa tanta tolerancia con ellos el más humano de los príncipes. Pero ya que lo entienden de otro modo, y en vez de practicar su culto como antes en escondidas casuchas quieren levantar templos en los sitios más públicos, no seré yo quien lo sienta, ya que ellos mismos ofrecen un medio fácil para que uno pueda ganar honra y también provecho con dar caza á esa abominable raza y exterminarla si es posible.

—¡Bien dicho, Corvino! pero volvamos á nuestro propósito. Hemos convenido entre nosotros que donde podamos descubrir algún cristiano rico, pero no de los más poderosos, á lo menos por ahora, nos repartiremos el botín. Al efecto nos ayudaremos mutuamente; tú con golpes atrevidos y violentos, yo obrando con prudencia según las circunstancias. Se entiende que cada cual se quedará con todo el provecho que resulte de sus propios descubrimientos, y que el reparto mútuo será cuando hayamos obrado de comun acuerdo. ¿Te va bien así, Corvino?

—¡A maravilla!

Aquí llegaban cuando se adelantó Fabio hácia ellos y dijo con tono jovial:

—¿Qué tal vamos, amigo Fulvio? ¡Tanto tiempo sin veros! Cuento con que no os desdenaréis de venir hoy á cenar conmigo, y si vuestro compañero, Corvino creo que se llama (éste hizo una extraña cortesía), quiere acompañarnos, muy enhorabuena.

—Por mi parte—contestó Fulvio,—os quedo vivamente agradecido; pero sabed que hoy tengo ya un compromiso...

—¡Bah! ¡bah! Excusas son esas,—replicó el bonachon patriótico;—nadie ha quedado en la ciudad, sino yo, con quien podáis ir á cenar. No parece sino que haya entrado en mi casa la peste, pues no habeis vuelto á ella desde el día en que comisteis en compañía de Sebastian y os disputásteis con él. ¿O es que os tenga alejado algún hechizo mágico?

Inmutóse Fulvio, y llevando aparte á Fabio respondióle:

—A decir verdad, algo hay parecido á eso.

—Espero—replicó Fabio algún tanto sorprendido—que la esclava negra no os habrá jugado alguna treta: de buena gana la expulsaría de mi casa. Pero, veamos (añadió sin perder su buen humor); si no me equivoco, otro hechizo bastante mejor os había encantado aquella noche... Tengo muy despiertos los ojos, y ví en vuestro interior la impresión que os produjo mi primita Inés.

Quedóse Fulvio mirándole atónito, y después de breve pausa dijo:

—Aunque así fuera, también advertiríais que vuestra hija parecía dispuesta á impedir que la cosa se formalizara.

—¿Creéis vos? Ahora me explico vuestra resistencia en volver á mi casa. Fabiola es una filósofa, y nada entiende en tales cosas. ¡Ojalá dejase á un lado sus libros y pensase también en colocarse en vez de estorbárselo á otras! Esto no obstante, yo puedo daros á este propósito noticias aún mejores: Inés abriga por vos tantas simpatías como podáis vos sentir por ella.

—¿Es posible? ¿Cómo habeis podido saberlo?

—Os lo habría dicho ya si no hubiéseis evitado con tal empuño el verme. Lo sé por una confidencia que me hizo Inés aquella misma noche.

—¿A vos?

—A mí. Aquellas joyas vuestras conquistaron por completo su corazón. Así al menos me lo confesó, y... estoy seguro de que érais vos ni podía ser otro que vos á quien ella aludía.

Fulvio creyó que hacía referencia á las ricas joyas que él ostentaba en su persona, mientras Fabio aludía á las que, según la interpretación que había dado á las palabras de Inés, creyó que ésta había recibido de Fulvio.

Halagado, pues, con la idea de que Inés se había dejado prender fácilmente á pesar de su timidez y recato, ya Fulvio se creía en posesión tranquila de la fortuna y los honores que ambicionaba, sin más por su parte que saberse manejar hábilmente. Pero Fabio interrumpió su dorado sueño diciéndole:

—Con que, ya lo sabeis: estrechad el sitio, usad buena táctica, y estad seguro de la victoria, pese á Fabiola. Por otra parte, nada teneis ahora que temer de mi hija, pues se halla en el campo con su servidumbre; sus aposentos por lo mismo están cerrados, y podemos entrar por la puerta secreta en la parte más agradable de la casa.

—Acudiré á vuestra cita sin falta,—contestó Fulvio.

—Y Corvino con vos,—añadió Fabio separándose de ellos.

Nos abstendremos de describir minuciosamente el banquete: bastará decir que fueron profusamente servidos los vinos más exquisitos y que todos los comensales experimentaron en mayor ó menor grado los efectos de su intemperancia excepto Fulvio, que mantuvo siempre su sangre fría.

No tardó en animarse la conversación, viniendo esta á recaer en las noticias del Oriente. A la destrucción de la iglesia de Nicomedia habian seguido tentativas de incendio en el palacio imperial, siendo atribuidas no sin fundamento al mismo emperador Galerio; pero éste hizo pesar la responsabilidad sobre los cristianos como un medio para incitar á Diocleciano, que hasta entonces habia resistido, á convertirse en uno de sus más fieros y crueles perseguidores. Nadie, pues, dudaba que dentro de pocos meses llegaría á Roma el edicto imperial ordenando el exterminio de los cristianos y que hallaría en Maximiano un pronto ejecutor.

Los comensales de Fabio mostrábanse generalmente inclinados á que se diera á los cristianos el golpe de gracia: la generosidad con aquellos contra quienes se levanta el clamor popular exaltado supone siempre una elevación de sentimientos, un espíritu esforzado, cuando no heroico, que en modo alguno podia esperarse de seres abyectos, ruines y pervertidos; y de aquí que, entre aquellos convidados, aun los más benignos é indulgentes, encontraron razones para que los cristianos fueran exceptuados de todo género de consideración. A uno se le hacia insufrible el misterio en que se envolvían; á otro le indignaban los progresos atribuidos á su religión; quién les tenia como enemigos de las glorias del Imperio; quién veía en ellos un elemento exótico que á todo trance se debia exterminar: éste encontraba detestables sus doctrinas; aquél calificaba de infames sus prácticas. Durante toda esta discusión, si tal puede llamarse la conformidad en execrar el nombre cristiano en que venian á resolverse los pareceres de todos, Fulvio, después de haber observado atentamente

á cada uno de los circunstantes, detuvo sus escudriñadoras miradas en Torcuato.

Permanecía éste silencioso, pero su rostro tan pronto se ponía encarnado como palidecía. El vino le habia comunicado muchos bríos, pero reteníale algun poderoso motivo. Ora apretaba contra el pecho sus puños contraídos, ora se mordía los labios: tan pronto estrujaba el pan entre sus dedos convulsos, como apuraba maquinalmente de un sorbo una copa de vino.

—Esos cristianos—dijo uno—nos odian y nos exterminarían á todos, si pudiesen.

Torcuato hizo un ademán y abrió los labios para replicar, pero se contuvo.

—¡Vaya si nos exterminarían!—añadió otro.—¿No incendiaron á Roma en tiempo de Neron? ¿No acaban ahora de incendiar el palacio imperial en Asia?

Al oír esto incorporóse Torcuato y extendió la mano como para responder, pero la retiró al punto.

—Y lo inmensamente peor—continuó un tercero—son sus doctrinas antisociales, los espantosos excesos á que se abandonan, llegando su degradación hasta el punto de rendir culto á una cabeza de asno.

Torcuato no pudo contenerse por más tiempo; púsose de pié y tenia levantado ya el brazo, cuando Fulvio, midiendo friamente el tiempo y las palabras, añadió sarcásticamente:

—Y en todas sus reuniones inmolan un niño, devorando después sus carnes y bebiendo su sangre (1).

El brazo de Torcuato cayó sobre la mesa con tal fuerza, que hizo saltar y chocar unas con otras las copas y botellas, mientras con voz ahogada exclamaba:

—¡Mentira! ¡infame y vil mentira!

—¿Cómo has podido tú saberlo?—preguntóle Fulvio con blando acento y dulce mirada.

—¡Lo sé—respondió Torcuato con exaltación—como cristiano que soy, dispuesto á morir por mi fe!

Si la bella estatua de alabastro con cabeza de bronce que habia en un nicho detrás de la mesa se hubiera caído haciéndose pedazos contra el mármoleo pavimento, no habria producido sensación tan terrible como aquella inesperada y súbita declaración. Al asombro de los primeros momentos siguió un silencio sepulcral, pintándose en todos los semblantes los diversos sentimientos que los dominaban. Fabio estaba como atontado y corrido de haber puesto á sus convidados en tan triste compañía. Calpurnio daba bufidos, creyéndose rebajado de encontrarse ante

(1) Tal era la idea que de la sagrada Eucaristía se formaban los paganos.

uno de quien pudiera creerse que sabía más que él acerca de los cristianos. Un joven miraba á Torcuato con la boca abierta, y un viejo adusto tendía su airada vista en derredor como buscando algun objeto para descargar en él su furia. Corvino contemplaba al pobre cristiano con aquella especie de fruición, entre estúpida y salvaje, con que el campesino contempla cogido en la trampa al animal dañino. Tenía al fin entre sus manos un hombre á quien podía extender en el potro cuando se le antojase. Pero la expresión del rostro de Fulvio valía seguramente por todas. Sólo el que haya observado con ayuda del microscopio el aspecto y actitud de la araña cuando después de un largo ayuno ve á una mosca repleta de sangre ajena acercarse poco á poco á su fina red, y acecha cada movimiento de sus alas, y discurre el modo de enredarla siquiera en el primer hilo, segura entonces de que ya no puede escapársele; sólo quien esa observación haya hecho podrá formarse idea exacta de las miradas y de los sentimientos de Fulvio. Desde mucho tiempo deseaba encontrar un cristiano dispuesto á hacer traición á los suyos y había trabajado sin descanso para hallarle. Allí tenia uno, siempre que supiera manejarle. Mas ¿con qué fundamento juzgaba á Torcuato capaz de descender tan bajo? Es que conocia bastante á los cristianos para estar convencido de que ninguno que lo fuera de corazón se habria excedido en beber ni habria hecho alarde de estar pronto á arrostrar el martirio.

Los convidados abandonaron la mesa y alejáronse del cristiano como de un apestado. Fulvio, después de hablar breves palabras por lo bajo á Fabio y á Corvino, acercóse á Torcuato, y tomándole una mano le dijo cortesmente:

—Temo haber sido indiscreto al provocaros á hacer una declaración que puede resultaros peligrosa.

—Por mi parte nada temo,—replicó Torcuato con nueva exaltación.—¡Moriré abrazado á mi bandera!

—¡Silencio, hombre, silencio!—murmuró Fulvio;—si os oyeran los esclavos, podrian venderos. Venid conmigo á otra pieza, donde podremos hablar tranquilamente y sin cuidado.

Y diciendo esto le condujo á otra sala, á donde Fabio habia mandado llevar copas y botellas del mejor vino de Falerno para aquellos convidados que, conforme á la costumbre romana, quisiesen gozar de una *comissatio* ó libación final. Unicamente Corvino los siguió á instancias de Fulvio.

Encima de una mesa adornada con magnificas incrustaciones habia unos dados. Después de haber hecho beber á Torcuato una copa de vino, Fulvio cogió maquinalmente los dados y comenzó á tirarlos como por distracción sobre la mesa mientras hablaba de cosas indiferentes.

—¡Por Baco!—exclamó de improviso;—¡qué mal juego hoy

á los dados! Fortuna que no es de veras, si no ya me habria arruinado. ¿Queréis probar vuestra suerte conmigo, Torcuato?

El juego habia sido causa de la ruina de Torcuato, y justamente á una desagradable ocurrencia proveniente del juego debia el hallarse preso cuando le convirtió Sebastián. Tomó ahora los dados y los hizo rodar también sobre la mesa, aunque sin intención de jugar, como él pensaba, mientras Fulvio le atisbaba como el lince á su presa. Los ojos de Torcuato se animaban; sus manos comenzaron á temblar convulsamente; y así por esto como por la manera de manejar los dados, la soltura con que los tiraba, y la facilidad con que á primera vista distinguía los puntos, comprendió Fulvio en él la violencia de una primera tentación que lo arrastraba á un vicio abandonado, mas nó vencido.

—Me parece que ninguno de los dos somos muy fuertes en juego tan insípido,—dijo Fulvio aparentando indiferencia;—pero me atrevo á decir que ahí está el amigo Corvino dispuesto á jugar con vos alguna partidita, aunque sin arriesgar mucho dinero.

—Admitido—dijo Torcuato—si se trata de una friolera no más y como simple pasatiempo, pues renuncié al juego.

—Pues, ¡á ello!—dijo Corvino, á quien Fulvio habia dirigido una significativa mirada.

Comenzaron á jugar haciendo puestas insignificantes, y generalmente las ganaba Torcuato. Incitábale Fulvio á beber, y no tardó el vino en producir sus efectos, haciendo que Torcuato hablase más de lo conveniente.

—Corvino,... Corvino,...—dijo al fin como si hablase consigo mismo.—¿No es este el nombre que mentó Casiano?

—¿Quién?—preguntó Corvino sorprendido.

—¡Sí!... ¡sí!—continuó hablando consigo Torcuato;—aquel valentón, aquel bestiaza... ¿Eres tú el que abofeteó á ese buen muchacho Pancracio?

Y al decir esto miraba Torcuato fijamente á Corvino, cuya cólera estuvo á punto de estallar; pero detúvole Fulvio con un ademán, y mediando muy á tiempo en la conversación dijo á Torcuato:

—Ese Casiano que acabas de nombrar ¿no es un maestro eximio? ¿Podrías decirme dónde vive ahora?

Fulvio hizo esta pregunta para apaciguar á Corvino, á quien habia de interesar la respuesta de Torcuato.

—Vive...—dijo éste,—déjame pensarlo... ¡No! ¡no!... no quiero ser traidor. Estoy dispuesto á sufrir tormentos, á dejarme quemar vivo, á morir por mi fe; pero ¿traicionar á otro? ¡jamás!

—Cédeme tu puesto,—dijo Fulvio disimuladamente á Cor-

vino, viendo cada vez más interesado en el juego á Torcuato.

Procurando con maña estimular á éste, puso en la mesa una cantidad más crecida; y aunque Torcuato vaciló un momento en aceptar la puesta, decidióse al fin y ganó. Fulvio se mostró contrariado. Entonces Torcuato envida las dos sumas, y Fulvio parece vacilar, pero luego hace como que se resuelve: pone una cantidad equivalente sobre la mesa y vuelve á perder.

El juego continuó en silencio: tan pronto ganaban como perdían, hasta que por último empezó á declararse la ventaja por parte de Fulvio, que era de los dos el que mayor imperio conservaba sobre sí mismo.

Alzó una vez Torcuato la vista y se estremeció figurándose ver al buen Policarpo detrás de la silla de su contrario. Restregóse los ojos como quien despierta de un sueño, y vió que era Corvino. Su entendimiento estaba del todo absorto en el juego, y ya no hubo para él conciencia, ni fe cristiana, ni honra... El cielo le había abandonado, y el demonio de la codicia, del robo y del desenfreno habíase apoderado del mancebo, llevando consigo otros siete demonios peores que él, é infundiéndolos en aquella alma cristiana, mal custodiada, para arrojar de su fondo cuanto en ella residía de bueno y santo.

Por fin, sobrexcitadísimo por las repetidas pérdidas y las frecuentes litaciones, y después de tantas veces de meter mano en el bien repleto bolsón de Fabiola, tomólo Torcuato y lo echó sobre la mesa. Fulvio, con la mayor sangre fría, lo vació, contó el dinero, y puso al lado otro montón igual de oro. Preparáronse ambos para la última jugada; rodaron en la mesa los fatales dados, y ambos clavaron la vista en sus puntos negros... Fulvio arrambló con todo el dinero, y Torcuato dejóse caer sobre la mesa, anonadado y hundiendo la cabeza entre los brazos. Fulvio entonces hizo una seña á Corvino para que saliese.

Torcuato pateaba encolerizado; luego echó un gemido; rechinaba los dientes y ahullaba á la vez, y mesábase los cabellos, cuando hirió su oído una voz que le decía:

—¿Eres cristiano?

¿De cuál de los siete espíritus sería aquella voz? Seguramente del peor de ellos.

—Nada puedes esperar,—continuó aquella voz;—has deshonrado tu religión, has vendido tu fe.

—¡Nó, nó!—gritó el infeliz desesperado.

—¡Sí, sí! En tu embriaguez lo has revelado todo, ó cuando menos lo bastante para que jamás te sea posible volver á una fe que has traicionado.

—¡Déjame! ¡Apártate de aquí!—exclamó el abrumado pecador con voz dolorida.—Todavía habrá perdón para mí. Dios...

—¡Cállate! no pronuncies ese nombre. Eres un vil perjuo y

te has perdido irremisiblemente: has quedado sin recursos, y cual mísero mendigo tendrás mañana que implorar el pan que comas. Expulso y proscrito, pródigo y jugador arruinado, ¿quién ha de ampararte? ¿los cristianos? ¿Acaso eres ya cristiano? Nadie te lo tendrá en cuenta como no sea para entregarte al tormento, á una muerte cruel y horrorosa que no te valdrá para que tus hermanos te honren como á uno de sus mártires... No, Torcuato; tú no eres ya cristiano: eres un miserable hipócrita, y nada más.

—¡Quién es el que así se goza en atormentarme!—exclamó el infeliz alzando los ojos.

Fulvio estaba en frente de él en pié y con los brazos cruzados.

—Y aunque fuera cierto cuanto dices,—añadió incorporándose,—¿qué te importa? ¿qué más tienes que decirme?

—Mucho más de lo que piensas,—respondió Fulvio.—Tú mismo te has puesto enteramente en mi poder: soy dueño de tu dinero (y esto diciendo le enseñaba el bolsillo de Fabiola), dueño de tu reputación, de tu reposo, de tu vida. Bástame referir á tus hermanos en religión tu conducta de esta noche, para que ni á su vista te atrevas á presentarte: bástame azuzar contra tí á ese valentón, ese bestiaza de Corvino, como há poco le llamabas, pero que es hijo del prefecto y nadie sino yo puede contenerle después de tu injuriosa provocación, para que mañana mismo tengas que comparecer ante el tribunal de su padre y te sentencien á morir por esa religión que has deshonrado y vendido. Dime si te atreverías ahora mismo, tambaleándote y tartamudeando como un ebrio jugador, ir al Foro y confesar ante el tribunal tu fe cristiana.

Abrumado bajo el peso de su propia conciencia, Torcuato no se sintió con fuerzas para imitar al hijo pródigo en su arrepentimiento como le había imitado en la culpa. Había muerto en él la esperanza porque había recaído en su vicio capital, y apenas sentía remordimiento.

Al verle como sumido en estupor, Fulvio le sacó de él diciéndole resueltamente:

—Veamos: ¿has elegido ya? Una de dos: ó volver esta noche entre los cristianos con tu baldón y afrenta, ó comparecer mañana ante el tribunal. ¿Por cuál de estos dos extremos te decides?

Torcuato fijó en su interlocutor una mirada estólida, y respondió lentamente:

—Ni por uno, ni por otro.

—¿Qué piensas hacer, pues?—preguntóle de nuevo Fulvio clavando en él sus ojos de gavilán.

—Excepto esas dos cosas, lo que tú quieras,—respondió Torcuato.

Viéndole ya rendido, sentóse Fulvio á su lado, y con acento blando é insinuante dijole:

—Ahora, Torcuato, escúchame: haz lo que te diga, y todo quedará arreglado. Te prometo casa, comida, ropa y hasta dinero para jugar, con sólo cumplir lo que yo te ordene.

—¿Qué debo hacer?

—Levantarte mañana á la hora que acostumbras; recobrar tu aspecto de cristiano y reunirte á tus amigos como si nada hubiese pasado; y luego estar pronto á responder á mis preguntas y tenerme al corriente de todo.

—En suma, ¡convertirme en espía y traidor!

—Llámalo como quieras, pero elige entre esto ó la muerte; sí, la muerte con todo el horror imaginable... Oigo á Corvino paseándose impaciente en el patio. Pronto: ¿por cuál de las dos cosas te decides?

—Por la muerte, no. ¡Oh, nó! todo menos la muerte.

Fulvio fué á reunirse con su colega y costóle no poco trabajo apaciguarlo, pues la cólera y el vino le tenían fuera de sí. Corvino, ocupado en otros negocios, había casi olvidado á Pancracio y á su maestro Casiano; pero la provocación de Torcuato había reanimado sus antiguos odios, y ardía nuevamente en deseos de venganza. Fulvio le prometió averiguar el paradero de Casiano, y por este medio consiguió que difiriese toda medida violenta.

Cediendo á sus ruegos, Corvino se retiró á su casa, y Fulvio fue otra vez al lado de Torcuato, á quien deseaba acompañar á todo trance para saber dónde residía. Torcuato, al hallarse solo, levantóse y principió á caminar de uno á otro lado para ver si podía calmar su agitación y recobrar el dominio sobre sí mismo; pero en vano. Los vapores de la embriaguez y las impresiones que había recibido le producían vértigos que trastornaban su cerebro. Parecía que el aposento iba dando vueltas á su alrededor y que iba á faltarle el suelo: sentíase enfermo, y casi hubieran podido oírse los latidos de su corazón. La vergüenza, el remordimiento, el desprecio de sí mismo, el odio á sus perseguidores, la desolación del propio aislamiento y la horrible desesperación del réprobo se amontonaban sobre su alma como un mar de negras olas. No pudiendo por más tiempo tenerse en pie, dejóse caer de bruces sobre un lecho de seda, ocultó las abrasadas sienes entre sus heladas manos y exhaló hondos gemidos. Pero todo seguía girando en torno suyo, y un sordo mugido resonaba en sus oídos.

En tal estado le encontró Fulvio al volver, y tocándole en el hombro, le invitó á salir con él. Torcuato al verle se estremeció, exclamando convulso y horrorizado:

—¡Caribdis!... ¡Será este Caribdis!

SEGUNDA PARTE

EL COMBATE

I

Diógenes

Las escenas que llevamos descritas se habían desarrollado durante una de esas treguas de aparente tranquilidad, más bien que de paz, que mediaban á veces entre dos persecuciones. Rumores siniestros y noticias de bélicos preparativos han herido ya de vez en cuando nuestros oídos. El rugido de los leones que cerca del Anfiteatro sorprendió á Sebastian sin que le intimidara, las noticias de Oriente, las indicaciones de Fulvio y las amenazas de Corvino, todo parece advertirnos que no tardarán en renovarse los horrores de una persecución y que la sangre cristiana regará, más noble y más copiosa que nunca, el Paraíso de la nueva Ley. La Iglesia, siempre inalterable y pródiga, no ha dejado de advertir las señales del próximo combate y de prepararse para sostenerlo con los medios necesarios; y de ese momento arranca la segunda parte de nuestra narración.

Era á últimos de Octubre cuando un joven á quien ya conocemos, cautamente embozado en su toga, pues era al anochecer y el tiempo estaba fresco, caminaba por los tortuosos callejones del distrito llamado *Suburra*, cuya extensión y topografía no han sido todavía determinados con exactitud, pero que indudablemente estaba inmediato al Foro; y como por desgracia la pobreza suele ser compañera inseparable del vicio, una y otro tenían allí un asilo común.

Pancracio, que era el joven aludido, no debía conocer mucho aquella parte de la ciudad, y tuvo que dar varios rodeos antes de acertar con la calle que buscaba; y además, como las casas no estaban numeradas, era el encontrar la que quería un problema asaz difícil, aunque no insoluble. Examinó cuál era la de mejor aspecto, y habiéndole llamado especialmente la atención una que se distinguía entre las demás por su pulcritud y buena apariencia, llamó sin vacilar á su puerta. Abrióla un anciano cuyo nombre nos es ya conocido: Diógenes. Era éste un hombre alto, de anchos hombros y algo encorvado, no tanto por su edad